

no sist  
379585

# La situación del anciano en la sociedad actual <sup>(1)</sup>

CARMEN BARROS

*Socióloga, Profesora Investigadora del Instituto de Sociología, U. C.*

Para comprender los problemas del anciano se requiere elaborar primeramente un marco conceptual que permita interpretar la situación del anciano en nuestra sociedad. La construcción de esta perspectiva de análisis se realiza por etapas. Dichas etapas corresponden al intento de responder sucesivamente a las siguientes interrogantes: ¿Cuál es el significado sociológico que tiene el pertenecer a una categoría de edad, en este caso, la de los ancianos? ¿Quiénes pertenecen a esa categoría? ¿Por qué en la sociedad contemporánea generalmente se asocia al anciano con problemas? ¿Cuáles son los problemas básicos del anciano?

El significado sociológico que tiene una categoría que agrupa a un conjunto de individuos según su edad, radica en que al hecho biológico de la edad se le adiciona un conjunto de definiciones culturales que adscriben a dicha categoría ciertas características. Dicho en palabras más simples, esto significa que al individuo, por el hecho de tener cierta edad, se le imputan ciertos rasgos definidos como peculiares de esa categoría de edad. Aunque la definición de los rasgos propios de una categoría de edad se hace en términos muy generales, ello condiciona las oportunidades que la sociedad ofrece a tales individuos, así como el comportamiento que se considera ade-

cuado para ellos y el prestigio de que gozan socialmente.

A pesar de que no hay un criterio único que establezca quiénes son los individuos que forman parte de la categoría de ancianos, vale la pena destacar que tanto el punto de vista biológico como el síquico y el sociológico coinciden en definir la ancianidad en términos del deterioro de ciertas capacidades y de la transformación de ciertas funciones. Obviamente cada disciplina destaca diferentes capacidades y funciones. Al respecto se cree que tales definiciones no son de mucha utilidad práctica, pues pasan por alto tanto la gran variedad existente de un individuo a otro, como el hecho que se trata de procesos de cambio no uniformes y sin cortes bruscos que marquen límites claros entre una categoría y otra. De ahí que, frente a la dificultad práctica de usar estos criterios teóricamente más sofisticados, se haya optado por una definición arbitraria, si bien de uso bastante generalizado. Se define como ancianos a todos aquellos individuos que tienen 65 años y más.

Seguidamente corresponde dilucidar el origen de la connotación del problema social que generalmente se asocia a los ancianos. Para ello se comenzará por establecer que, en lo referente a los ancianos, la sociedad contemporánea —y también, obviamente, la chilena— acusa dos grandes cambios. Uno es el incremento creciente del número de ancianos; el otro, es que los ancianos están posibilitados

<sup>1</sup> Parte del Documento de Trabajo N° 34, del Instituto de Sociología de la Universidad Católica de Chile, 1975.

de abandonar la actividad económica y disponer libremente de su tiempo. O lo que es lo mismo, se ha prolongado la vida de un número creciente de individuos y se les ha dado la posibilidad de disponer de un período de tiempo en que han sido liberados de la obligación de trabajar para vivir y, por ende, pueden ocuparlo en lo que deseen.

Ambos rasgos son resultados de la aplicación de la ciencia para lograr, por una parte, la extensión de la vida humana por medio de una mejor nutrición, del tratamiento médico de las enfermedades y de condiciones sanitarias más adecuadas, y, por la otra, aumentar el producto social al desarrollar nuevas formas de energía y nuevas máquinas para realizar el trabajo.

Gradualmente la introducción de nuevos hábitos alimenticios, los conocimientos acerca de las causas de enfermedad y el cuidado médico, el uso de técnicas para purificar el agua y manejar los desechos, han alargado la vida.

A su vez, la utilización de fuentes de energía inanimada —vapor, petróleo, electricidad— y de máquinas para hacer el trabajo, permitió aumentar la productividad del hombre. Antes de esto, dado que el producto por trabajador era poco más que lo que éste necesitaba para subsistir él y su familia, la tarea de ganarse la vida y de realizar las labores del hogar ocupaba a toda la población y a lo largo de toda su corta vida. Ahora el incremento de la productividad del hombre ha permitido renunciar a parte del eventual producto en pos de otros beneficios, como son: acortar la jornada de trabajo, mantener a los niños y jóvenes más tiempo fuera del mercado de trabajo y, al otro extremo de la vida, permitir a los de más años abandonar la fuerza de trabajo y gozar de algunos años de ocio. Es decir, cosechar en ocio los frutos del incremento de productividad creado por el uso de máquinas movidas por energía inanimada.<sup>1</sup>

Lo curioso y paradójico es que esto, que debiera ser visto como un logro nunca antes

alcanzado por la humanidad, tiende generalmente a percibirse más bien en términos de los problemas que genera. A nivel de la sociedad se lo ve como un problema por el costo que significa la mantención y el cuidado de un creciente número de individuos económicamente dependientes, vale decir, que no aportando ya directamente a la generación del producto social requieren utilizar parte de él. Los autores están conscientes de la importancia y dificultad que implica el poder contar con los recursos necesarios para asegurar a la población anciana un ingreso (jubilaciones, pensiones, montepíos, cesación del pago de impuestos, etc.), servicios de salud, habitación. Mucho más cuando ello acontece en una sociedad en vías de desarrollo, la que por definición posee escasos recursos que deben distribuirse entre un gran número de ítem que responden todos a necesidades urgentes de la población.

La atención del trabajo se centra, sin embargo, en otro conglomerado de problemas, a saber, los conflictos de índole sicosocial que afectan al anciano. Tales problemas sicosociales surgen en el proceso de ajuste del anciano a los cambios que involucra el envejecimiento. Cambios que se refieren básicamente a modificaciones en las capacidades del anciano y a transformaciones en el modo como el anciano se inserta en la estructura social. En otras palabras, paralelo al proceso de aumentar en años más allá del límite de los 65 años, se produce un deterioro en la capacidad física y mental del anciano que lo limita y lo hace más dependiente del apoyo y el cuidado de otros. Conjuntamente hay un abandono y/o una transformación de su participación en la fuerza laboral. Ello conlleva una total transformación del modo como el anciano se relaciona al medio social. He aquí resumida la problemática que ahora interesa abordar.

Ahora bien, para comprender cuáles son las transformaciones que experimenta el modo como el anciano se vincula a la sociedad, es necesario examinar brevemente tres rasgos de las sociedades contemporáneas y, en relación a ellos, ver el significado de los cambios que supone envejecer. Conviene aclarar que no se trata de elementos independientes entre sí; por

<sup>1</sup> Cabe destacar que como propósito esto es universalmente válido, empero de hecho su implementación varía desde lo que acontece en las naciones del tipo llamado "Welfare State" hasta naciones donde ello no sucede en lo absoluto.

el contrario, son aspectos que se originan en un mismo proceso, a saber: el proceso de industrialización y urbanización experimentado por las sociedades actuales.

a) *La forma de organización industrial*

El primer rasgo a estudiar se refiere a la forma de organización industrial que de una u otra manera informa toda la sociedad actual. Este tipo de organización social valora por sobre todo la producción, tanto a nivel del volumen de ella, como al de la productividad. Para incrementar la producción se elaboran continuamente nuevas técnicas. Estas comparan, por lo general, el ser técnicas de producción masivas (división del trabajo por partes, líneas de montaje, productos estandarizados...) En consecuencia, la valoración del trabajador se hace en función de la fuerza y rapidez que posea. Ambas características están asociadas preponderantemente a la juventud. Como contrapartida, la experiencia y el dominio de un oficio de los individuos de más edad resultan de poca utilidad. De ahí que tienda a considerarse a los ancianos que aún trabajan como trabajadores de segunda clase.

Más aún, lo recién expuesto se traduce a nivel cultural en otorgarle a la producción el valor de meta primordial de la sociedad. Por consiguiente, la valía individual está en función del aporte que éste haga al producto social. En términos generales, puede sostenerse que en la sociedad actual es la ocupación el medio usado para evaluar la magnitud del aporte que una categoría de individuos —los que desempeñan una misma ocupación— hacen al producto social. A pesar de estar conscientes que la sociedad jerarquiza las ocupaciones, y de este modo valora diferencialmente los aportes hechos a través de su desempeño, aquí se hará referencia sólo al caso límite: tener o no tener una ocupación en el mercado laboral.

A partir de este planteamiento resulta evidente que gran parte de los problemas que sufre el anciano se derivan de su retiro de la fuerza de trabajo. Dada la importancia que reviste este tema se lo examinará con mayor detenimiento.

Se parte del supuesto que el sentimiento de satisfacción o adecuación social que experimenta un individuo depende, en cierto grado, del modo cómo, a base de sus logros, se juzga a sí mismo y es juzgado por los restantes miembros de su sociedad. Más precisamente, tal sentimiento se deriva del status o posición económica y social que se tenga, de la importancia y el poder que se posea, de la utilidad que se le atribuya a la actividad propia, de la aprobación de los demás, etc.

Cabe, además, destacar dos hechos que ocurren simultáneamente en la sociedad actual. Por un lado, como ya se dijo, el elemento crucial al que se asocian y del que dependen la posición, la influencia, la utilidad social, es la ocupación.<sup>2</sup> Por otro lado, en esta sociedad el anciano ha ganado el derecho a retirarse, a abandonar su ocupación en el mercado de trabajo.<sup>3</sup> Ahora bien, subyacente a la idea del retiro existe el supuesto que un individuo que ha aprendido que debe ser socialmente útil mediante el desempeño ocupacional puede quedarse ocioso y aun conservar la estima de sus congéneres y su propia estima. A mayor abundamiento, se cree que ello sería posible si se encontrasen en el retiro de la actividad económica elementos capaces de proporcionar medios alternativos de conseguir las gratificaciones sociales que dispensa el trabajo. Esto, sin embargo, no sucede en la actualidad. Para confirmar esta aseveración se enumeran a continuación algunas de las principales gratificaciones asociadas al desempeño ocupacional, apuntando simultáneamente a la existencia o inexistencia de alternativas para quienes ya no ejercen una ocupación.

La más evidente de estas gratificaciones es que el desempeño ocupacional es el medio más común de asegurarse un ingreso. En el caso de los ancianos —y es conveniente aco-

<sup>2</sup> Es necesario aclarar que en el caso de la mujer hay algunas diferencias importantes. La sociedad define cada vez más su rol, ya sea en términos de su desempeño ocupacional en el mercado de trabajo, o en función de un rol ocupacional específicamente femenino que consiste en el desempeño de tareas domésticas y de su labor de madre. Por esto, el caso de la anciana es menos dramático. Su función de madre la pierde paulatinamente con el crecer de sus hijos, e incluso en parte la reemplaza por la de abuela. El rol doméstico lo pierde únicamente al no poseer el manejo de un hogar propio, cosa que para muchas ancianas no llega nunca.

<sup>3</sup> Esta afirmación es válida a nivel de principios, pero a nivel de hechos debe relativizarse.

tar que es el único— la sociedad ha ideado alternativas que permiten a quien se ha retirado seguir gozando de un ingreso. Tales alternativas son las jubilaciones, las pensiones, los montepíos y otras. No obstante, suele acontecer que éstas son inferiores a lo que era el ingreso cuando se estaba activo. Así, en la práctica, el jubilar va en desmedro del anciano.

Una segunda clase de gratificaciones, vinculadas al desempeño ocupacional, surgen del hecho que en una sociedad cuya meta fundamental es la producción, el trabajo es el medio para ganar el respeto de los demás y la propia estima. Como ya se dijo, el sentido de valía personal y el prestigio social se basan en gran medida en el desempeño ocupacional. La sociedad no ha creado sustitutos y el retirado sólo vale cuando se recuerda lo que fue.

Un tercer conjunto de gratificaciones se derivan del hecho que el desempeño ocupacional se realiza generalmente en un contexto social —una oficina, una fábrica, una clientela, etc.— que otorga la oportunidad de estar en contacto relativamente permanente con in-

dividuos afines, de departir con ellos, de hacer amigos. Al retirarse, el individuo se enfrenta al problema de llenar el vacío creado por la pérdida de las relaciones de trabajo. Estas constituyen actualmente una parte importante dentro del conjunto de relaciones sociales que entabla un individuo.

Un cuarto tipo de gratificaciones surge al considerar que el desempeño ocupacional es una actividad regular que llena parte del día, que da al individuo algo fijo que hacer, permitiéndole así ocupar su tiempo. En otras palabras, el trabajo otorga al transcurso del tiempo un sentido de plenitud, de tarea a cumplir. Este simple hecho de llenar el tiempo es un valor importante, pues proporciona una rutina, o sea, una forma organizada y repetitiva de emplear el tiempo.<sup>4</sup> El retirado se enfrenta al problema de crearse una rutina que lo mantenga ocupado y le dé un sentido al tiempo de que dispone. ¿Cómo llenar el día? ¿Cómo hacerse una rutina que lo mantenga ocupado y lo haga sentirse haciendo algo?

Sintetizando, puede sostenerse que si bien la sociedad ha encontrado el medio para que el retirado sustituya, al menos en parte, el desempeño ocupacional como fuente generadora de ingresos, aún falta por crear formas alternativas que sean capaces de sustituirlos como fundamento para asentar la valía personal ante los ojos de los demás y los propios, como ámbito que otorga oportunidades de entablar relaciones sociales relativamente permanentes y como medio para dar un sentido de utilidad a la vida.

Retomando lo dicho con respecto a que los ancianos en la sociedad actual enfrentan problemas de ajuste a los cambios sociales que se asocian al envejecimiento, podemos aseverar que uno de estos problemas surge de que, por una parte, el desempeño ocupacional en nuestra sociedad es un factor clave para asentar la valía personal, para relacionarse con otros y para sentirse útil; por otra, el proceso de envejecer va acompañado del retiro del desempeño ocupacional (éste es el

<sup>4</sup> Paradojalmente, los trabajadores tienden a quejarse de tal rutina, siendo felices al abandonarla. Este sentimiento, empero, dura poco una vez abandonada la actividad laboral.



FOTO DE: Eduardo González.

caso para el 79% de los chilenos mayores de 65 años).

Para concluir, resulta pertinente citar la frase siguiente que, aunque dicha hace treinta años, tiene el mérito de ofrecer una formulación concisa del problema. "Cuando la gente de edad llega al momento en que ya no puede probar su valía, o cuando son privados de su trabajo, se sienten descontentos y desgraciados... (La Sociedad) debe proveerles un programa que los mantenga contentos al permitirles sentir que aún tienen un puesto útil en la sociedad"<sup>5</sup>

#### b) *Ciencia versus experiencia*

En la sociedad actual la forma característica de acumular el conocimiento es por medio de la ciencia. A ello debe sumarse que la forma de transmisión de dicho conocimiento es por medio de material escrito —libros y otros—, de agencias especializadas —educación y capacitación formal— y de los medios de comunicación de masas. De ahí que la experiencia del anciano, que es su mayor acervo, ya no tenga la utilidad de antaño. En otras palabras, la historia de vida del anciano ya no es el medio adecuado de aprender los modos de hacer las cosas, ni siquiera es la forma de conocer el pasado de la sociedad.

A lo dicho se añade que la velocidad del cambio que experimenta la sociedad actual es cada vez más rápida y ello ocurre en una sociedad cada vez más compleja. Por consiguiente, la experiencia del anciano queda obsoleta, pues versa sobre cosas que han sido sobrepasadas por los nuevos descubrimientos científicos y las nuevas técnicas o modos de hacer las cosas. De esta manera su experiencia resulta un modo anticuado de resolver problemas. Esto, que seguramente es valedero a nivel del manejo de la técnica, se lo tiende a generalizar a todos los ámbitos de la vida, llegando así a considerar al anciano como un ser obsoleto que no tiene nada valioso que aportar.

Lo que es aun más grave es que la experiencia del anciano llega a ser una experiencia

de un mundo que ya no existe. Ello se traduce en desorientación, pues está en un mundo que ya conoce y comprende poco. Esto ayuda, a su vez, a que el conflicto intergeneracional se agudice, dado que al tener cada generación experiencias muy diferentes, resulta muy difícil la comunicación.

#### c) *Familia nuclear*

El tercer, y último rasgo que se subraya de la sociedad actual es el predominio de una forma de organización familiar: la familia nuclear. Vale decir, aquella compuesta únicamente por la pareja y sus hijos solteros.

El hogar, que en las sociedades agrícola-artesanales era una unidad económica —allí se producía casi todo lo que consumía la familia— y una unidad de parentesco —convivían varias generaciones: abuelos, hijos, nietos, tíos, primos, etc.— por influencia de los procesos de urbanización e industrialización se ha disgregado en sus componentes. La actividad económica se realiza fuera del hogar, en recintos especializados —oficinas, fábricas, etc.—. La pareja logra suficiencia con la ayuda de bienes y servicios producidos y distribuidos masivamente. De este modo ha sido descartada la cooperación del grupo de parentesco para llevar a cabo la labor productiva. Ya necesitan poco o nada la ayuda de otros que residan permanentemente en su casa. Si a esto se agrega que las casas en las ciudades tienden a ser cada vez más pequeñas, se llega a la conclusión que no sólo no se necesitan otras personas, sino que además no hay lugar para ellas.

Asimismo, pareciera que la especialización que acompaña el proceso de industrialización ha penetrado incluso al ámbito de las relaciones sociales. Cada generación tiende a relacionarse con otros de similar edad y principalmente fuera del hogar. De ahí que cada generación viva por sí misma y suponga que las otras harán lo mismo. Ello conduce a que se atenúe la responsabilidad intergeneracional.

Resumiendo, en la sociedad actual hay, por una parte, una tendencia a la organización nuclear de la familia y a que las casas se

<sup>5</sup> J. T. Landis, "Social-Psychological Factors in Aging", *Social Forces*. Vol. 20, No 4 (1942), pág. 470.

achiquen. Por otra parte, hay una tendencia a aislar las generaciones, lo que se traduce en un sentimiento de independencia que lleva como contrapartida la ruptura de la solidaridad entre las generaciones. La consecuencia de estos hechos es que cuando el anciano ya no puede mantenerse independientemente —sea solo o en pareja—, cuando necesita ser cuidado, al no ser parte integrada a un grupo de parentesco, su agregación a una familia nuclear pasa, en mayor o menor medida, a ser una carga e incluso un estorbo.

La relevancia de los rasgos sociales hasta aquí analizados estriba en que ellos constituyen la materia prima a partir de la cual se constituye la imagen —o la concepción generalizada— de lo que es el anciano. Los principales aspectos que conforman tal imagen son los que sucintamente se enumeran. El anciano no cumple funciones productivas, luego es inútil y sin valor. Se queda atrás, es anticuado y se le menosprecia. Dicho simplismente, no tiene ya nada que ofrecer y se le descarta a un plano inferior. Adicionalmente, cuando el anciano no es capaz de valerse por sí mismo y debe pasar a depender de otros, es considerado una carga y se tiende a pensar que su cuidado representa casi un desperdicio de los escasos recursos de que dispone la sociedad.

Cabe recordar que los rasgos de esta imagen se imputan socialmente a todos y a cada uno de los ancianos. Resulta lógica entonces la actitud que se tiene hacia los ancianos de rechazo, de desprecio, de abandono.<sup>6</sup>

Ahora bien, considérase oportuno replantear con mayor precisión lo expuesto hasta aquí, de modo de tener una interpretación que sirva para explicar el porqué de la situación del anciano en la sociedad actual y de dónde surgen los problemas que debe enfrentar.

Se ha dicho que la sociedad actual ofrece la oportunidad de que cada vez un mayor número de individuos viva un mayor número

de años. No obstante, en estos años extras de vida, al individuo no se le da la oportunidad de vivirlos de un modo tal que pueda sentirse satisfecho, respetado y útil. Para explicar esta aparente contradicción se plantea la siguiente hipótesis. Existe un desfase cultural. Vale decir, los cambios científicos y tecnológicos —que permiten la oportunidad de vivir más y de liberar al individuo de cierta edad de la obligación de desempeñar una ocupación— no han ido acompañados de una readecuación cultural que defina cuál es el papel del anciano en este tipo de sociedad, en qué puede basar su valía y qué hacer con su tiempo. El reconocimiento personal, la posición económica, la compañía humana, el sentido de utilidad y la autoestimación, se adquieren fundamentalmente por medio del desempeño del rol ocupacional.<sup>7</sup> ¿Qué queda entonces para quienes ya no ejercen una ocupación? Lo contradictorio es que esto siga ocurriendo mientras un número cada vez mayor de individuos vive más allá del período de vida considerado socialmente como activo.

El problema recién expuesto tiene fuertes implicancias en la vida del anciano. Tal contexto social está restringiendo las oportunidades que la sociedad brinda al anciano para que éste pueda satisfacer sus necesidades de relacionarse con los demás, desempeñar actividades que lo hagan sentirse útil, tener seguridad económica y contar con el cuidado que requiere, contar con el reconocimiento de los otros y con su propia estima.<sup>8</sup>

En suma, el individuo que sobrepasa cierto límite de edad —por fijar arbitrariamente alguno, los 65 años— pasa a ser definido como anciano, y ello, dadas las particulares características de la sociedad actual, conlleva un deterioro en la oportunidad que la sociedad le ofrece de satisfacer las necesidades mencionadas. Esto se traduce a nivel del anciano en

<sup>7</sup> En el caso de las mujeres, muchas veces definido en términos de la labor doméstica y maternal.

<sup>8</sup> Se escogieron estas necesidades, y no otras, por existir cierto acuerdo entre los estudiosos del tema de que ellas son compartidas por todos los seres humanos y de que el deseo de satisfacer constituye un objetivo primordial en la vida del hombre. Al respecto, véase W. I. Thomas, *The Unadjusted Girl*, Boston, Little, Brown and Co., 1925.

Erich Fromm, *The Sane Society*, New York, Rinehart and Co., 1955. Aplicaciones de ello al estudio de los ancianos encuéntrase en: Clark Tibbitts and Wilna Donahue, *Aging in Today's Society*, Englewood Cliffs, Prentice-Hall, 1960, especialmente el cap. 9.

<sup>6</sup> Se define esta actitud como "un sistema relativamente duradero de evaluaciones (creencias), sentimientos y tendencias a actuar en pro o en contra de algún objeto social". Véase Krach, Crutchfield, y Ballachey, *Individual in Society*, N. York, Mc Graw-Hill, 1962, pág. 177.

la existencia de problemas sicosociales. Tales problemas se definen, justamente, en términos de la dificultad experimentada para satisfacer las cuatro necesidades antes mencionadas.

Por consiguiente, es lógico sostener que los problemas que sufre el anciano surgen en el proceso de ajuste o de adaptación del individuo a los cambios que en la sociedad actual se asocian al hecho de envejecer. Puede formularse entonces la hipótesis de que los ancianos enfrentan actualmente muchos problemas de índole sicosocial.

Ahora bien, si a esta disminución en las oportunidades sociales se agrega el natural y paulatino deterioro en las capacidades que conlleva el envejecer —declinan en mayor o menor grado las funciones sensoriales, la capacidad motriz y ciertas habilidades mentales— se tiene un cuadro bastante dramático de lo que significa ser anciano en nuestra sociedad.

Finalmente, una palabra de advertencia para los que erróneamente, y a partir de lo ex-

puesto, puedan concluir que la solución sería suprimir el retiro del trabajo por vejez, conclusión, a juicio de la autora, superficial y apresurada. El derecho de abandonar la obligación de trabajar es el fruto de un doble esfuerzo humano: el haber realizado los descubrimientos científicos y tecnológicos que lo hacen posible y el canalizar parte de la productividad humana a otorgar, a quienes ya trabajaron, la oportunidad de liberarse de la obligación bíblica de “ganarse el pan con el sudor de su frente” y así disponer de su tiempo. Por consiguiente, la solución debe atacar la fuente del problema, vale decir, debe apuntar a la modificación de la situación que el anciano tiene en nuestra sociedad y crear las oportunidades sociales para que éste se sienta satisfecho y pueda, por ende, disfrutar de ese logro de la humanidad, cual es que un número creciente de sus miembros vivan más años y sin necesidad de trabajar.

Hasta aquí se ha elaborado una perspectiva teórica que permite entender la situación del anciano en la sociedad actual.

\* \* \* \*